de sus hogares, huían tímidos sin destino, o eran entregados por sus mismos sirvientes. Las cárceles estaban llenas de víctimas preparadas, y las barrancas de cadáveres mutilados e insepultos.

Un ejército de sesenta mil facciosos, con muchos otros cuerpos diseminados por las provincias, dominaban el Reino sin oposición, y hacían perder toda esperanza de conservarlo; y en este estado, y sin comunicación por entonces con la capital, reuní en San Luis Potosí, ciudad de mi residencia, a costa de cuantos sacrificios pueden exigirse de la lealtad, del honor y de la resolución, cuatro mil caballos y mil doscientos infantes, y mil quinientos indios que arranqué del mismo seno de la insurrección. De ellos destiné parte a la defensa de aquella ciudad, que elegí por centro de la base de mis operaciones y depósito de mis almacenes; y con el resto marché a reunirme con dos mil hombres de todas armas que de México habían salido con este objeto, luego que se tuvo noticia de la revolución, cuyas tropas vacilantes se detuvieron en Querétaro, a cuarenta leguas de la capital, por hallarse interpuesto el enemigo entre ellas y mi campo, distante cien leguas de México.

Los medios que emplié para crear y conservar a Su Majestad un ejército de tropas americanas, poseídas de las mismas ideas que los facciosos, unidos a ellos por los mismos intereses, y en cuyos partidos se hallaban sus padres, parientes y amigos; y las dificultades y riesgos que esta resolución envolvía, sólo pueden comprenderse trasladándose a mi situación.

El plan revolucionario lisonjeaba a todas las clases; la igualdad, la independencia y el exterminio de los europeos, ponía en sus manos los bienes que éstos poseían, las haciendas y negociaciones que manejaban; y sin concurrentes todas las distinciones, empleos, representación, consideraciones y rentas de un gobierno propio, ventajas que



los revolucionarios explicaban al pueblo de los diferentes enérgicos modos que sugiere el fanatismo.

En este estado de cosas marchó el enemigo rápidamente sobre México, y yo a unirme con las tropas de Querétaro, y en el entretanto se sometieron espontáneamente al Gobierno faccioso las capitales de las provincias de Guadalajara, Valladolid, Zacatecas, Guanajuato, Departamento de San Blas, y por mi salida la de San Luis. La de México fué bloqueada por sesenta mil rebeldes, sin ningún medio de sostenerse. Ochocientos hombres que destinó el Virrey a disputar un desfiladero en el Monte de las Cruces, fueron batidos con mucha pérdida de gente y la de su artillería.

Los europeos de la capital, consternados al exceso, sólo esperaban la muerte cuando yo trataba de libertarlos, o morir con ellos.

Los jefes revolucionarios interceptaron las cartas en que avisaba al Virrey de mis rápidas marchas, y proponiéndose derrotarme en mi tránsito para volver después sin obstáculos sobre México, se adelantaron catorce leguas a encontrarme en las sierras de Aculco, y en ellas los derroté por primera vez, tomándoles su artillería y la del Rey que habíamos perdido en las Cruces, haciéndoles más prisioneros que los que podía conducir, y entre ellos las familias de los primeros cabecillas en 17 coches, y causándoles la pérdida de más de tres mil hombres tendidos sobre el campo de batalla, cuyo mausoleo hizo renacer en los buenos la ya perdida esperanza de salvar el Reino, y en los malos el temor de que podrían variar las circunstancias que le habían puesto en sus manos.

A las 18 horas decampé del lugar, en que lo habían estado sesenta mil rebeldes, y me dirigía a la ciudad de Guanajuato, distante setenta leguas de Aculco, cuya formidable, áspera localidad, con una población osada de cien mil habitantes, habían elegido por capital de su naciente

imperio, fortificándola, minando su única entrada con mil quinientos hornillos, y guarneciéndola con cuarenta mil hombres; obstáculos que superó el Ejército Real, a mis órdenes, tomándola por asalto, con el único desconsuelo de no haber podido evitar la muerte de más de doscientos europeos de distinción, que en su fuga asesinaron los rebeldes de entre más de quinientos, que con el mismo destino conservaban en las cárceles que habían desocupado los criminales encerrados en ellas, por los tribunales de justicia.

Los residuos de los ejércitos de Aculco y Guanajuato, se reunieron al de Guadalajara, y formaron un total de noventa y tres mil hombres, comprendidos 7 batallones y 16 escuadrones de los Regimientos de Infantería de Celaya, Valladolid, Guadalajara y Guanajuato; y de los de dragones de la Reina, Príncipe, Pátzcuaro y Nueva Galicia, que seguían sus banderas; ocho batallones de su creación y veinte mil caballos diestramente manejados por hombres de campo, acostumbrados al uso de la lanza, con un tren de cien piezas de todos calibres, conducidas del Departamento de San Blas, y servidas por artilleros y marineros del mismo, colocadas en la cabeza de un puente y sus lomas laterales.

Las avanzadas del pequeño ejército de mi mando, compuesto de cuatro mil caballos, dos mil infantes y diez piezas de batalla, se batieron con las del enemigo la tarde del 16 de enero de 1,811, con sólo noticias vagas de su fuerza, e ignorando hasta entonces que hubiese tomado la resolución de salirme al encuentro en Calderón.

Al anochecer del mismo día, y después de haber reconocido con mi Estado Mayor la posición y fuerza enemiga, y hecho algunos prisioneros, que confirmaron mis observaciones, campé a la vista de un ejército que en pocas horas podría envolverme. Hasta más de media noche vacilé sobre el partido que debía tomar, con una agitación se-



mejante a la de César, sobre las márgenes del Rubicón para resolverse a marchar sobre Roma.

Si aparentaba una retirada, que era lo que me convenía para hacer perder al enemigo las ventajas de su posición, mis tropas, que no me inspiraban la confianza que este movimiento exigía, tendrían tiempo de reconocer mis pequeñas fuerzas y las inmensamente superiores del enemigo, al que, sin alterar la formación de su ejército, le sería fácil destacar en mi seguimiento doce o catorce mil caballos; si la emprendía verdadera, no había plaza fortificada, ni punto de seguridad en todo el Reino a donde dirigirme, y aun cuando lo hubiese habido, careciendo de esperanza de socorro y aun de capitulación, no habría hecho otra cosa con encerrarme, que fijar el término de la independencia y el de una muerte ignominiosa, al que pudiese durar un sitio, y cuando más un bloqueo.

En esta difícil situación, y arriesgando el todo por el todo, resolví el ataque al amanecer del 17, para no dar lugar a que los ejércitos se reconocieran.

Mi plan de operaciones, bajo la visual enemiga, se dirigía a introducir el desorden en algún punto de su línea, por medio de un ataque vigoroso, y a evitar que me envolviese extendiendo la mía; y a este fin, dispuse que dos mil quinientas mulas, que formaban mi bagaje con algunos lanceros, aparentasen formación cubiertas por un batallón de granaderos, cuatro escuadrones y algunas guerrillas, situándose a la cola del puente, cuyo cuerpo, por su situación, me servía de centro y reserva, y que dos divisiones del resto del ejército arrollasen las dos alas del enemigo, respecto a que su centro le era muy difícil moverse, y aun más difícil pasar el puente, en cuyas lomas laterales debían tomar posición respectiva si conseguían su objeto, y desde allí atacar unidas la batería que la enfilaba. A mi segundo, el Conde de la Cadena, encargué el ataque del ala derecha y yo me dirigí a la de la izquierda. Ambos se

verificaron con suceso después de un ataque obstinado de más de cinco horas. La división de la Cadena, ocupó primero la izquierda del puente, poniéndose en contacto con mi centro; y acaso persuadido de que debía aprovechar el momento en que la confusión empezaba a sentirse en el del enemigo, le cargó tres veces con intrepidez sin esperarme; y siempre fué rechazado con pérdida, que intimó tanto sus tropas, que sin formación y en el mayor desorden huyeron a los cerros.

Tuve noticia de este suceso por mis ayudantes, al tiempo que acababa de desbaratar la izquierda del enemigo; pero esta ventaja no reparaba el peligro de dejar descubierta mi izquierda, y abandonado al enemigo mi débil centro, facilitándole envolver mi derecha por lo que escapé; y con sólo los brigadieres don Ramón de Ortega, comandante de artillería, Sotarriva y Espinosa, atravesé cerca de una legua por delante de la línea enemiga, dejando orden al Mariscal de Campo don Miguel de Emparan, general de la caballería, para que con toda la derecha me siguiese a paso acelerado hasta situarse en el paraje que ocupaba el centro que yo había hecho avanzar. A mi arribo, las tropas de la izquierda arrolladas se apresuraron a bajar de los cerros con vivas y aclamaciones precursoras de la victoria, cuyo momento era menester aprovechar, antes que las fatigas de continuas cargas las redujere a un estado de no poderlas sostener.

La batería de 70 piezas que enfilaba el puente, estaba situada sobre una loma elevada que hacía sus tiros fijantes, y prevalido de esta ventaja y dando orden a Ortega que hiciese un vivo fuego sobre el enemigo, y al Conde de la Cadena, que con dos mil caballos amenazase su flanco izquierdo, cargándolo si le veía vacilar, me puse a la cabeza de la infantería, que al abrigo de esta disposición formé bajo el cañón enemigo; y después de una descarga a corta distancia le ataqué a la bayoneta. Este ataque en que con otros muchos murió el Conde de la Cadena,



decidió una acción que ya contaba nueve horas, siempre oprimido mi pequeño ejército por el formidable del enemigo que huyó en desorden, abandonando su artillería, bagajes, heridos, etc.

Los primeros más temibles y más débiles cabecillas, huyeron a Provincias Internas, y en ellas fueron presos y fusilados; las masas insurgentes se diseminaron amedrentadas; cincuenta mil europeos con sus familias aseguraron sus personas y propiedades; y el Rey Nuestro Señor la conservación de aquellos ricos importantes dominios; y tales fueron las inmediatas ventajas de esta batalla, que perdida no numeraría la Monarquía española entre sus vastas posiciones el imperio de Moctezuma.

A los dos días entré en Guadalajara, entre vivas y aclamaciones que alternativamente tributaba la gratitud y el miedo; disolví al gobierno faccioso; repuse el legítimo; castigué a los más culpados; liberté más de mil europeos que yacían en las cárceles, destinados al suplicio; hice recoger más de seiscientos cadáveres mutilados, que medio vivos arrojaron en la oscuridad de la noche en las barrancas; tomé el Departamento de San Blas y marché inmediatamente a la ciudad de Zacatecas, distante 76 leguas, que ocupaba otro cuerpo faccioso, que derroté restableciendo el orden; de ella pasé a la de San Luis, distante 60 leguas, que también tomé; y de allí a la villa de Zitácuaro, situada a 80 leguas de distancia, en lo más áspero de la sierra, fortificada por naturaleza y arte, artillada con 40 piezas y defendida por quince mil hombres; sus caminos impracticables, cortados y embarazados con batidas de árboles de enorme tamaño, que a costa de indecibles trabajos allané y tomé por asalto; y de allí marché con precipitación a México, distante 56 leguas, por hallarse amenazado por Morelos, principal cabecilla del Sur. Tres días me detuve en aquella capital, y marché a Cuautla, situada en Tierra Caliente, distante 40 leguas, fortificada y artillada con inteligencia, defendida por diez mil mulatos

de la costa, y sostenida por más de veinte mil caballos que la surtían de lo necesario, interrumpían mis comunicaciones, perseguían a mis forrajistas y me fatigaban con continuas alarmas, en cuyo estado me forzaron las circunstancias a intentar un asalto, en el que tuve bastante pérdida, sin haber podido penetrar por ningún punto; pero como en todo el Reino de Nueva España no había otro ejército que el pequeño de mi mando, y no era de dudar que si yo me separaba de la Plaza, el enemigo marcharía a México, aumentado de fuerzas y de orgullo, me fué preciso tomar posición a un cuarto de legua de su recinto y pedir al Virrey algunas piezas de artillería gruesas para emprender un sitio; que en efecto, salieron de Perote con un convoy de efectos que tomaron los enemigos en su tránsito; por cuya falta, que no había medio de reparar, me vi obligado a convertirlo en bloqueo que duró más de dos meses, sin que en todos ellos se pasase un día en que no fuesen atacados mis reductos por la guarnición, por la caballería exterior, o por ambas combinadas. El tiroteo de las guerrillas y forrajeadores era incesante. El soldado o dependiente que pasaba de las grandes guardias amanecía al día siguiente ahorcado de un árbol a nuestra vista; el excesivo calor del clima, los insectos, las privaciones, la falta de hospitales y de almacenes, y la necesidad de buscar subsistencias, convirtió en una acción continuada la duración de un bloqueo tan penoso y fatigoso, como no es posible explicar, que terminó por haber muerto en la Plaza muchos centenares de personas de necesidad, y por un ataque general de todos los puestos de mi débil línea de circunvalación, combinado con las fuerzas exteriores e interiores, a cuyo abrigo salió Morelos con sus negros por el cauce de un río, en cuya persecución perecieron más de tres mil, y él se ocultó en la sierra próxima de los volcanes.

Con esta acción, y después de más de 40 que contaba el ejército de mi mando reunido, o sus divisiones destacadas, quedaron deshechos todos los grandes cuerpos rebel-



des, y reconquistadas todas las provincias, ciudades y pueblos ocupados por ellos; y yo me vi precisado, por falta de salud, que habían arruinado las fatigas de tan penosa campaña, a retirarme a repararla en México, en el que permanecí siete meses, hasta que fuí nombrado Virrey, cuyo mando recibí en 4 de marzo de 1,813.

En el intervalo que medió de una a otra época, se diseminó el ejército, probablemente por no creerlo ya necesario, y volvieron los rebeldes del espanto que les había causado las frecuentes rápidas derrotas; formaron nuevos cuerpos numerosos; se apoderaron de las provincias de Oaxaca, de las fortalezas de Acapulco, de toda la sierra que corre desde los mares del Sur a los del Seno; las provincias de Colonia del Nuevo Santander y Tejas, asesinando en unas y otras a sus jefes, teniente general Sarabia, Brigadier Bonavia, y coroneles Salcedo, Herrera y otros; bloquearon a México hasta sus goteras, privándolo de subsistencias por el norte el cabecilla Villagrán, que se titulaba rey de las sierras de aquel rumbo; por el S. O. el generalísimo Morelos, que con seis mil caballos bien organizados, pasó a cuchillo el excelente batallón de infantería de Asturias, y uno de los escuadrones del de caballería de México; los caminos se hallaban interceptados; los ramos productivos paralizados, y los más arruinados; la opinión decidida por los facciosos, y la capital próxima a repetir con fruto las conspiraciones que había intentado en dos ocasiones; y en este estado recibí el mando del Reino de Nueva España, que entregué a mi sucesor en 19 de septiembre de 1,816, sin que en todo él hubiera una sola provincia, ciudad, ni pueblo de consideración ocupado por los facciosos, cuyo gobierno popular y numerosos cuerpos disolví, reduciéndolos a gavillas, que no pasaban de trescientos a cuatrocientos hombres refugiados a las serranías, único asilo de su debilidad; los ramos productivos repuestos a sus antiguos rendimientos, o muy próximos a ello; la opinión cambiada a favor del Gobierno, con un ejército de treinta y nueve mil hombres veteranos y provinciales

a sueldo, equipados de lo necesario, y de cuarenta y cuatro mil realistas mantenidos para su defensa por los respectivos territorios de su ubicación.

Sin necesidad de muchos otros decumentos que lo comprueban, bastarían los papeles oficiales y públicos de las diferentes épocas; en la de los años de 10, 11, y principios del de 12, se hallan las acciones que cito; en fines del mismo, la pérdida de Oaxaca, etc.; en los de 14 y 15 y principios del de 16 su reconquista; y en los de fines del mismo y todo el de 17, no se encontrarán otras acciones, si se exceptúa la invasión del traidor Mina, que las de algunos cerros defendidos por trescientos o cuatrocientos rebeldes; y aun cuando las hubiese habido de más número, como no hay efecto sin causa y los sucesos de la guerra, como todos los de esta vida, se preparan muy de antemano, dudará poco el que discurra, que si la revolución de Nueva España tocaba el término de su exterminio en diciembre del año 16, le tocaba igualmente en septiembre del mismo.—Firmado: **Félix Calleja.**"




# BOLETIN DEL ARCHIVO GENERAL DE LA NACION

Tomo VI Marzo-Abril 1935 Número 2


## CAPITULACION DEL PUERTO DE SAN BLAS EN 1810

**La importancia que con sobra de razones se ha dado en nuestra historia a la brillante campaña llevada a cabo por D. José María Mercado en el occidente, en el mismo año en que se inició la Guerra de Independencia, se confirma una vez más con los documentos que ahora se publican. Ellos se refieren a la capitulación que hizo D. José Joaquín Labayen, del puerto de San Blas, con el citado insurgente. Las comunicaciones relativas están firmadas en Acapulco, y como detalle de interés puede mencionarse el parte que rindió D. Juan Josef Recacho sobre acciones contra los insurgentes en La Barca y sus inmediaciones.**

---

(Al margen:) *Duplicado. Núm. 4.*

Exmo. Sr.:

Con el mayor sentimiento tengo el honor de participar a V. E. que el apostadero de San Blas, se sometió la noche del 31 de noviembre próximo pasado a una fuerza popular que le amenazaba, por capitulación que hizo su Comandante D. José Joaquín Labayen con el Cura Mercado, Jefe del Cuerpo de Insurgentes que cercaba la villa.

Desde que se apoderaron de Tepic, previ este evento y traté desde luego de poner este buque en estado de dar la vela,